EN SU MEJOR REFUGIO

Como sentía apasionada y encendida una fuerte impaciencia de morir a la mayor gloria de España, la muerte le dejó prenderse a su cintura y se le dió plenamente en la batalla, cercana de Teruel, cuando los bastiones de la ciudad iban a ser hendidos, de nuevo, por el rejón de la mejor bandera.

Esto sucedió según el laconismo de los telegramas reza, hace días, unos cuantos, muy pocos... ¿Quince, veinte? ¡Quién sabe!... Desde entonces, José Castillo, hijo de los Marqueses de Jura Real, se prepara para presenciar, desde su inmarcesible altura, con los ojos mortales definitivamente cerrados y libres de todas las servidumbres de la carne, ese triunfo cuyos presagios llenan ya de brisas alentadoras los más incrédulos espíritus y en honor del cual ha cedido la ofrenda de su vida.

A él, como a todos sus compañeros de refugio en la Embajada de Chile — ¡manes de Núñez Morgado! — lo tuvo una tarde la borda del Orduña, combado frente a Valparaíso mientras el aire clarificado de Otoño y el agua aquietada se iban abriendo en la bahía ante la quilla del barco que descorriera ya toda la infinita y mejestuosa cremallera del litoral chileno.

Alguno de los evacuados substraídos por la Embajada a la agonía de Madrid, se habían desgranado por el Norte, en Antofagasta; otros se iban a quedar en Valparaíso, pero a Santiago llegaría el grueso de aquel clan de expatriados en el que la semejanza de los peligros corridos, la solidaria aventura de la travesía y los denominadores comunes de sentimientos y de juventud, borraban cuanto tuviera de heterogenea su circunstancial amalgama.

En el último grupo, José Castillo... Me parece verlo ahora, mientras enhebro a su memoria estas cuartillas... Alto, señorial de maneras, con un dejo extraño de cansancio y de melancolía en el rostro, aristocrático sin amaneramientos, por obra y gracia de sangre y de cuna...

Santiago fué para él lo que para todos: sedante, bálsamo. Pocos a su igual vieron ofrecérseles amistosas y sinceras las manos de los hombres... Y dulces sonrisas de mujer...

Santiago era una gran ciudad, en la que se le antojaba a uno milagroso poderse pasear sin riesgo de prisión o de muerte y en la que las luces del cuarto podían tenerse encendidas cuanto se quisiera sin que las voces bruscas de los centinelas, conminaran, de no apagarlas, con el disparo del mauser... Su clima, nos parecía a nosotros, llegados de otros más duros, una perenne primavera tibia y cuando, al anochecer, Santa Lucía se iluminaba de pronto, la ciudad entera semejaba bañarse en una dulzura de nacimiento.

Sensible a tanto encanto, José Castillo, acusaba, sin embargo, a cada instante, apenas se la ahondaba un poco, el ansia, acrecida, de todos, por prestar a la causa servicio eficaz. Tal vez morir sea lo único que satisfaga íntegramente ese deseo. Morir, que es hacerse tierra: esto es, Patria misma. Y José Castillo, soñaba sin jactancias con que el destino le deparase un día próximo, la gloria de afrontar, serenamente, en la trinchera llena de lodo, bajo el cielo duro del invierno, todos los rigores corporales de la guerra.

Por eso la muerte, al llegar, le habrá encontrado dispuesto a una entrega sin patetismos y sin lírica, a una entrega, en suma, de soldado: lo que quiso ser.

La noticia, viene a clavársele en el alma, justamente en el momento que una pausa de mi misión de propagandista me sitúa en el mismo escenario que me enseñó a estimar todo lo que por bajo de su aparente mundanidad irónica y desenvuelta, corría en su espíritu de fineza y de hondura.

¡Ah, sirenaica atracción de Santiago...! Esta misión de extender la verdad en la retaguardia lejana está exenta de sacrificios valuables en sangre: por eso deja algo así como un regusto de insatisfacción. Se le revela a uno, como ilícito, aún el disfrute de los bienes mínimos: del lecho seguro, del pan de cada hora... Se piensa, entonces, que la única forma de la dignidad es necesario ir a buscarla con el fusil al brazo frente a los reductos de donde parten las balas que causan nuestros muertos...

Tú figuras entre los que ha costado hacer a Teruel otra vez de España, José Castillo. No sé cuál fué tu día último, pero, ¿presentiste la victoria, segura ya? Desde donde estabas, ¿se divisaba Teruel con sus calles barridas de metralla, con sus edificios abatidos, con las carreteras que conducían hasta ellas abrazadas de nieve?...

Las informaciones barajan las cifras de las bajas. Yo te veo entre ellas; tu nombre se me hace número y todavía me duele más...

Otro número nos fué antaño familiar, ¿recuerdas? Cincuenta y cinco éramos los evacuados de la Embajada de Chile, cincuenta y cinco para repartirnos en los automóviles que nos llevarían hasta el Decanato del Cuerpo Diplomático y en los camiones en que arribaríamos, bordeando tu sepulcro de hoy, al puerto de Valencia, cincuenta y cinco para hacinarnos en la barcaza que nos trasladaría al Tucumán. Aquella barcaza era Chile aún, el Tucumán, Argentina ya. Cuando atracó junto al destróyer, Chile y Argentina, sobre las aguas milagrosas del Mare Nostrum, volvieron a ser, como sobre la inmensidad del Continente, naciones fronterizas... Cincuenta y cinco en Marsella, en La Rochelle, bajo la égida inolvidable del Cónsul Gustavo Hoertman; cincuenta y cinco, por fin en el Orduña que nos traería a esta tierra espléndida... Cincuenta y cinco... Ni uno en falta... Cincuenta y cinco siempre...

Pero ya no...

¿Somos siquiera cincuenta y cuatro?... Paco, José Ramón, Ussia, Manolo Guevara, Rafael S. Pastor, Isasa, Navarrete, Rubio Ribas, tantos más, hermanos todos, ¿vivís aún? Los que no irán ni hoy ni mañana a la guerra, os reprocharon farisaicamente, alguna vez, vuestra alegría de aquí... No, no... Durante un año nos silbaron las balas segundo a segundo... Ahora os silban las fundidas en el mismo acero de las que acaso herirán un día. ¡Ah, bien pagada estaba esa alegría...!

Cuando a uno de vosotros, quiso su novia entregarle una medalla, respondió: —¿Para qué? Va a quedarse en el campo...

Medallas prendidas a vuestros pechos por manos suaves de mujeres chilenas: ¿sobre ninguna más cuajó la sangre con la tierra?...

Ah, ¿cómo saberlo?... Y, al fin y al cabo... ¿no será siempre más bella esta vida incierta de hoy que la laxa vida de antaño?...

José Castillo, caído para siempre paralelo a la nieve de Aragón: yo te saludo con la mano abierta y el brazo en alto. Que Dios te dé la paz de una cruz de madera y una tumba a flor de suelo. Tan a flor de suelo que tus huesos heroicos se estremezcan al compás del avance definitivo, esa mañanita ya cercana en la que las miradas de nuestros soldados se bañarán en el azul del Mediterráneo, al que apuntaba tu corazón. Y para entre tanto, sábete depositario del orgullo de estar muerto por España, nada menos que por España. Yo me toco la cara, abrasada en el bochorno de sentirme vivo.

Joaquín Calvo Sotelo.

51